

Recíbenos benigna, gustosa acepta nuestros homenajes, nuestros ofrendas, nuestros corazones. Bendice al Prelado que te invoca, al pueblo que te aclama; protege á los hijos de Oaxaca; conserva al benemérito caudillo que con sabia discreción, no menos que con energía viril, calma los odios, une los ánimos, cimenta la paz y consagra abnegado su existencia á procurar el bienestar de los pueblos que le aman, le rodean de respeto y hacen votos por su vida y su feliz gobierno.

Vuelve ¡oh Virgen elemental! esos tus ojos al venerable anciano que coloca en tus sienes la inmortal diadema, que México agradecido te consagra en testimonio de su invariable amor y eterno reconocimiento. Bendice, en fin, al episcopado que aquí rodea tu trono; custodia sus rebaños; estrecha los vínculos de fraternal amor entre todos los pueblos del nuevo y antiguo continente, entre México cristiana y la cristiana España; y jamás olvides ni abandones al indigno Prelado que publicó tus glorias, ni á su grey amada. Amén.

Mexicanos, en torno de ese trono que flamea la tricolor enseña, juraos amor eterno. Unión. Olvidad vuestros odios de ayer, las luchas fratricidas que ensangrentaron el suelo de la Patria; fuera rencores, y haciendo á un lado disensiones políticas, respetad al gobierno constituido, secundando, según vuestras fuerzas, su acción bienhechora: Paz.

De desear fuera que, como en otro tiempo, todos tuviérais igual sentir é idéntico querer; pero si este ideal sublime, este bello desideratum aún no es dable, respetad la Religión que meció vuestra cuna, que os amamantó á los pechos de vuestra madre querida; no la ultrajéis, aunque disentáis en principios. Más tarde, cuando calmado el ardor de vuestras pasiones juveniles desechéis las preocupaciones de escuela; cuando tras las decepciones de la vida, la experiencia os haga más cuerdos, haciendo un estudio concienzudo de la verdad religiosa, encontraréis, después de serias y profundas elucubraciones, que, ó no hay religión verdadera en el mundo, lo cual es imposible, ó sí la hay, ésta no puede ser otra que la católica en que habéis nacido. Religión. ¿No estáis viendo á las naciones más ilustradas del orbe volver á ella á grandes pasos, como el único medio de salvar á la sociedad de su inminente ruina? Este hecho confirma la verdad del célebre dicho de un Abogado apologista contemporáneo de la fe: «La primera piedra de toda sociedad fué siempre un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido también con ella.» (34) «O las sociedades modernas se echan en brazos de la Religión verdadera, ó se hunden en el abismo de la anarquía,» ha dicho el Oráculo del Vaticano, el inmortal Pontífice León XIII.

# IV

Escrito por el Ilmo. Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatan. (\*)

Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis.  
Ven del Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada.  
CANT. IV, 8.

Ilmos. y Rmos. Señores: (1)

Este venturoso día, más de siglo y medio esperado, y por el cual ciertamente puedo decir: «ahora, Señor, despídase á tu siervo en paz, porque mis ojos han visto el día de la salud;» en este privilegiado lugar, que santificó la presencia de la au-

34 Augusto Nicolás.  
\* Fue leído por el Ilmo. Sr. D. Antonio Plancarte y Labastida, en la Colegiata, el 22 de Octubre en la tarde.  
1 Véase al fin la nota A.

gusta Madre de Dios, como al monte Horeb la zarza milagrosa que la figuraba; en este acto solemne que celebramos, sagrado y ritual, pontificio y nacional á un tiempo, ¿sabéis lo que yo escuchó, lo que yo veo? Llegan á mis oídos desde misteriosas lontananzas y por infinitos horizontes, unas armonías verdaderamente inefabables. Ecos son de angelicales coros, trompetas, fragor y retumbo de ejércitos incontables, que preceden y acompañan al Rey Eterno de la gloria al místico Esposo del Cantar de los Cantares, que dirigiéndose á esta tierra mexicana, á esta colina del Tepeyac, á esta basilica que hemos levantado al par del histórico monte, baja de los altos cielos pisando las constelaciones siderales como gradas de su excelso trono. Y con un canto, el más suave y majestuoso, al compás de una cítara que no tiene igual en el cielo ni en la tierra, así invita y llama á la Purísima Virgen y Esposa: «Ven del Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada de la cima del Amaná (Tepeyac), de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos. *Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis de capite Amaná (Tepeyacense), de vertice Saur et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum.* ¡Oh qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Apareces en el desierto como columna vaporosa que se levanta de aromas que arden, nube de incienso, de mirra y de todo polvo de perfume. Tus ojos son como de paloma, tus labios como cinta de púrpura, como granada tus mejillas, tu cuello como sartas de perlas y como la torre de David. Toda eres hermosa, amiga mía, y mancha alguna no hay en tí. Has herido mi corazón, hermana y Esposa, has herido mi corazón. *Vulnerasti cor meum.*»

Y aquí cerca, aquí del lado de nuestro monte, escucho y veo á la Esposa, que del Libano ha pasado al Tepeyac, que ha tomado la advocación de Guadalupe, y en susaviosos arpegios levanta la voz más dulce y sonora que el canto de las aves; la música de los Querubines, diciendo á las hijas de Anáhuac, no de otro modo que si fuesen las hijas de Sión: «Hé ahí la voz de mi amado: vedle que viene saltando por los montes y atravesando los collados. (2) ¡Oh cuán gentil y hermoso es mi amado! Desciella como el manzano entre los árboles de la selva; es blanco y rubicundo, escogido entre milares. Su cabeza es oro fino, es cárneo su seno y sus pies como de mármol pulido sobre escabel de oro. Su nombre es oleo derramado y su hablar lleno de majestad y de dulzura. Sostenedme, amigas mías, con flores, cercadme de manzanas porque desfallezco de amor. *Amore languedo.*»

Como dos astros de magnitud suprema, que en su conjunción máxima y extraordinaria parece que se unen y ejercen mayor y más poderoso influjo, ó como una aurora boreal en orden superior, que esparciendo torrentes de luz en el inmenso espacio, resplandece, produciendo admiración, entusiasmo y alegría por las magnificencias de su pintoresco efecto: así el Divino Esposo se acerca al encuentro de la mística Esposa, y con júbilo de los cielos y de la tierra, á la vez que con espanto y terror de los infelices pecitros, líenala de gracia, cúbrela de honor y de gloria, coronála con aurea diadema y la constituye Reina universal, y Emperatriz Soberana de todo lo creado. (3) Y así coronada ella triunfa para siempre, llevando sus immaculadas sienes el laurel eterno de sus combates castos. *Et in perpetuum coronata triumphat.* (4) Sentada, como Reina sobre un trono á la diestra del Rey Eterno, está cubierta de rica orfebrería y de todo cuanto hay de más precioso y espléndido (5).

Señores; en el cielo de la patria é Iglesia mexicana, esta gran Reina se levanta hoy, en el día de su triunfo, como una portentosa señal. *Signum magnum apparuit in coelo* (6). Es la Santísima Virgen María de Guadalupe, es la mujer augusta y singular cubierta del sol, la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

¿Mas cómo ha sido, á qué se debe la realización aquí de esta gran solemnidad? Como es que el cielo se une á la tierra en esta Colegiata? ¿Cómo es que se junta con nosotros en este acto que ce-

2 Vox dilecti mei... ecce iste venit saliens in montibus, transiens colles. Cant. II, 8.  
3 Gloria et honore... coronasti eam, Domine, et constituisti eam super opera manuum tuarum. Ps. 8.  
4 Sup. IV, 2.  
5 Assit Regina a dextris in vestitu deaurato circumdata varietate. Ps. 44.  
6 Apoc. XII.

lebramos, eclipsando con los esplendores de esta significativa ceremonia, la coronación de los más grandes Reyes de las sociedades humanas, el advenimiento al poder de los más ilustres caudillos, la fiesta triunfal de los vencedores y la apoteosis de todo linaje de héroes?

Es porque el Vicario de Dios en la tierra, el que tiene poder para atar y desatar allá arriba y aquí abajo, decretó y ordenó la solemne Coronación de la milagrosa Virgen del Tepeyac. (7) «León Papa Décimotercero, decretó que la Imagen de la Virgen María de Guadalupe, celebre por sus milagros y por su culto, sea condecorada con solemne pompa, en su nombre y por su mandato, con corona de oro.»

Identificado el Pontífice mexicano con el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, al coronar hoy á nuestra Excelsa Reina en su milagrosa Imagen de Guadalupe, es Cristo mismo que corona á su augusta Madre; es el Divino Esposo que entreteteje sobre la gentil cabeza de la Esposa la radiante corona de doce estrellas; es el Rmo. Fray Juan de Zamárraga; es el Rmo. Fray Alonso de Montúfar es el Rmo. D. Pelagio Antonio de Labastida, que con todos los demás Prelados mexicanos, como si no fuesen más que uno solo, y en unión del venturoso indio Juan Diego, esto es, en unión de todo el pueblo mexicano, eleva sobre trono regio á nuestra Madre y Reina y ciñe sus virginales sienes con corona de oro, con diadema imperial y real, en reconocimiento de su grandeza, majestad y poderío.

1. Señores: la Coronación de Nuestra Señora es por parte de nosotros al celebrarla, un homenaje de adoración cumplidamente rendido á Dios, que es el Padre, Hijo y Esposo de María, porque él es quien la tiene constituida Reina del universo entero.

2. Es un juramento de vasallaje debidamente hecho á tan digna Reina, porque acogiéndonos aquí en México por pueblo suyo, se constituyó Emperatriz y Patrona de toda la América.

3. Es, en fin, un tributo de gratitud y de amor justamente pagado á una madre tan tierna y Patrona tan misericordiosa como ella lo es para todos, pero muy especialmente para nosotros los mexicanos.

Hé aquí, Señores, los tres puntos de que vengó á hablaros en esta solemnidad, si el Señor me concede, como le pido y ruego por la intercesión de la misma Sagrada Reina Nuestra Señora de Guadalupe, su divino auxilio, y si vosotros me dispensais la piadosa atención y la benevolencia que de vuestra generosidad espero.

Ave María.

# I

Designio fué de la bondad suma del Señor crear una muchedumbre casi infinita de seres, principalmente seres inteligentes y libres para destinar éstos á una felicidad eterna por virtud del Divino Verbo y por mediación de la Virgen-Madre. En el prodigioso desfile de todos ellos, al través de los muchos siglos que, como caudaloso río, desembocan en el mar inmenso de la eternidad, aparece constituida en medio, humilde y grandiosa á la vez, como la flor del campo, aquella mujer bendita entre todas las mujeres, aquella gran mujer por excelencia, la verdadera Madre de los vivientes, mejor y más grande que la primera mujer del Paraíso, y mejor y más grande que el primero y más alto de los serafines del cielo. Ella sola es un gran milagro. *Magnum miraculum*, como dice San Juan Crisóstomo, porque ella sola superó y excedió en excelencia y dignidad á toda la tierra y á todos los cielos. Su dignidad cual Madre de Dios es como infinita, según la expresión del Angélico Doctor. ¡Oh, con esa dignidad suprema é inefable, María se elevó ella sola entre todas las criaturas sobre la base de su humildad, á formar por singular y maravilloso modo, el complemento exterior de la misma augusta y divina Trinidad, dándola también ella sola la mayor gloria accidental! En ella, el Padre que sólo tuvo eternamente al Divino

Hijo, vino á tener en tiempo la Hija de que carecía: el Hijo que era eternamente engendrado por el Padre sin Madre, tuvo ésta en ella, y el Espíritu de Dios que es caridad, amor eterno, quiero decir, el Espíritu Santo, vino á lograr asimismo en ella, la Divina Esposa que le convenía y que eternamente había amado.

Al benéfico y sublime misterio de la Encarnación, se añadió el inmensamente misericordioso de la Redención. Ofrecióse el Verbo encarnado por víctima expiatoria, á la justicia eterna y absoluta de su Padre, asociando en el sufrimiento de la Pasión sangrienta á la Virgen-Madre, de quien tomara la sangre preciosísima con que lavó las manchas del pecado, y ved así, Señores, cómo tenemos en María una Corredentora tan infinitamente tierna como inmensamente poderosa, ya que no por naturaleza, si por el orden de la clemencia y de la gracia. Porque la Virgen-Madre coronó de sí misma al Hijo de Dios al hacerlo hombre en sus purísimas entrañas: *Femina circumdabit virum*, como vaticinó Jeremías (8). Ella coronó así al Hijo de Dios en el día de sus desposorios con la humanidad, esto es, con la Iglesia, y por eso esta mística Esposa canta del Divino Esposo Cristo, diciendo: «Salid, y ved, hijas de Sión, al Rey con la diadema de que le coronó su Madre en el día de sus desposorios, en el día del mayor regocijo de su corazón.» (9)

Así, hermanos míos, por justa correspondencia, la Coronación de la Virgen María llegaba á ser una deuda del mismo Dios para con ella. Y una vez constituido en su gloria el Divino Corde, ante cuyo trono los veinticuatro ancianos se postraban y echaban á sus pies sus coronas de oro el día de la triunfante Ascensión, sólo faltaba que la Madre del Cordero fuese también exaltada sobre un trono á la diestra del Rey Eterno de la gloria y dignamente coronada. ¡Y así se hizo! *Asumpta est Maria in coelum, exaltata super choros Angelorum*. Elevada es María á los cielos, y exaltada sobre los coros de los Angeles, que exclaman en el pasmo de su admiración y en los transportes de su gozo, así diciendo: «¿Quién es ésta que sube como la aurora cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á la vez como un ejército puesto en orden de batalla y que ha salido vencedor?» (10)

En el día de su gloriosa Asunción llega triunfante á la celestial Jerusalén, y sale á su encuentro aquel Eterno Dios, por cuya virtud es ella subida al cielo, aquel Eterno Dios que la concibió en su mente divina antes de todos los tiempos (11) cuando aún no existían los abismos de la materia caótica, y coronála como á su Hija, como á la celestial Princesa y Reina Universal, con una aureola de doce resplandecientes estrellas. Sale á su encuentro el Verbo humannado, el Redentor de los hombres, y coronála como á Madre, como á Reina de los mártires, por el mérito de sus grandes dolores é infinitas angustias, con corona de preciosísimas piedras, que con sus fulgores forman nimbos de matizada luz. Sale á su encuentro el Espíritu Santo, el Esposo Divino, y la corona como á su bien amada Esposa, como á Reina de la gracia y de la gloria, con guirnalda de azucenas y lirios, realizando el trono de su pureza y de su imperio sobre las vírgenes y sobre los Angeles.

María Imaculada triunfó por sus virtudes, y triunfó por la carne purísima que suministró en su casto seno á su Divino Hijo, venciendo al dragón antiguo. Triunfó sobre los leones rugientes y devoradores, que son los enemigos del alma; triunfó sobre los leopardos astutos y feroces que arrancan la fe y arrastran sus víctimas á los antros tenebrosos, triunfó sobre ellos hasta ahuyentarlos y reducirlos amedrentados á lo más profundo de sus cuevas y á lo más áspero de sus montes. Por eso la corona el Divino Esposol diciéndola entre himnos y músicas de angelicales coros: «Ven de Libano, Esposa mía, ven del Libano, ven, serás coronada de la cima del Amaná, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos.»

El universo entero secunda los honores ofrecidos por Dios á la Divina Reina. Alborozados los Angeles, tañendo sus arpas de diamante y oro, y cantando himnos de magníficas armonías, desplie-

8 Jerem. XXXI, 22.  
9 Egredivimini et videte, filie Sion, Regem in diadema que coronavit eum mater sua. In die desponsationis eius, et in die lectivae cordis eius. Cant. III.  
10 Cant. VI, 9.  
11 Nondum erant abyssi et ego jam concepta eram, Parab. Salom. VIII.

gan sus alas impalpables, revolotean en derredor de ella, y la coronan con las flores inmarcesibles de los eternos pensiles. Los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, las Vírgenes, todos los Santos la aclaman y reconocen por Reina, y todos la coronan de honor y de gloria porque ella, desde su profundísima humildad, ha sido exaltada sobre todos por el Señor con grandeza incomparable, como dice el Crisóstomo. (12)

Los orbes creados, que por la prodigiosa variedad de sus sistemas en el infinito espacio, por su grandeza incommensurable, y por su multitud, sin límites conocidos, así como por las admirables leyes de su movimiento, aplastan y confunden la inteligencia humana; corren hacia ella, y unos echándose á sus piés como la luna, le disponen escabel y alfombra: otros, como el sol, la rodean y la visiten con sus esplendorosos rayos; y en fin, otros, como los luceros ó estrellas, se elevan sobre su virginal cabeza, y en el ritmo de su carrera parece que también cantan á su Reina, y ostentando los prodigiosos cambiantes de su vívido resplandor y hermosura, forman sobre ella la grandiosa corona sideral.

Si, hermanos míos, el cielo y la tierra, las creaturas todas, coronan de gloria á la Madre de Dios por honor y culto de Dios mismo. A solo Dios se debe la adoración propiamente dicha, y por eso con sumisa obediencia, con amor y alegría, debemos todos honrar á la excelsa creatura que el Creador constituyó sobre todas, porque quiere que sea la primera de todas, y honrada sobre todas. *Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam.* (13) Y tanto más cuanto él quiere que ella sea más honrada y más glorificada; porque siendo él admirable en sus Santos, *Mirabilis Deus in sanctis suis*, (14) ha querido mostrarse más admirable en la que es Reina de Angeles y de Santos.

Cuando honramos, pues, Señores, á nuestra Santísima Reina con un culto mayor que el de los Santos y de los Angeles, y sólo inferior al que ofrecemos directamente al mismo Dios; cuando como en el día de hoy la veneramos por modo extraordinario, coronándola como á Reina y Emperatriz Soberana en esta su milagrosa Imagen de Guadalupe, con rito especial y solemne pompa, qué otra cosa hacemos sino rendir, en último fin, homenaje de adoración á Dios Omnipotente, que tan grande y espléndido se ostenta en la que es su Hija, Madre y Esposa? Ella misma al contemplar su propia grandeza, adora y magnifica al Señor de quien procede, cantando el himno más sublime que ha brotado de los labios y del plectro de Angeles y de hombres: *Magnificat anima mea Dominum*, dijo, resonando el dulce timbre de su canto al través de todos los siglos. «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador. Porque miró la humildad de su sierva, ya desde ahora para siempre me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque ciertamente me ha hecho grande el que es Dios todopoderoso, y su nombre Santo.» (15)

Pasemos á ver, hermanos míos, cómo esta solemne Coronación que celebramos, es un juramento de vasallaje que muy debidamente hacemos á tan gran Emperatriz y Reina, porque favoreciéndonos con los prodigios de su Aparición y de su Imagen de Guadalupe, ha elegido y santificado en México por su privilegiado Imperio á toda la América, á toda la India Occidental.

II

Más de catorce siglos hacía que el Hijo de la Virgen, por medio de su Iglesia, venía civilizando al mundo, haciéndolo sacudir la coyunda de la esclavitud y de la más triste barbarie, y todavía esta vasta región de la América, esta mitad del mundo, que estaba como perdida para la otra, no recibía la influencia cristiana: ¿Y era posible, Señores, era posible que la Inmaculada Virgen María, constituida, coronada por Reina y Señora del universo, abandonase para siempre una mitad de su Imperio? Si por altos é inexcrutables

12 Non Prophetæ, non Apostoli, non Martyres, non Patriarchæ, non Angeli, non Throni, non Dominationes, non Seraphim, non Cherubim, non de quibus aliud quidpiam inter creatas res visibiles aut invisibiles majus aut excellentius inveniri potest. (Sermô S. Joan. Cris.)  
13 Eccl. XXIV.  
14 Ps. 67.  
15 Luc. I. 46.

juicios de Dios, había convenido que se retardase el beneficio, continuaría aún por más tiempo el triste retardo? Siendo demonios los dioses de los pueblos gentiles, *dii gentium demonia*, (16) ¿vería ella con indiferencia que por más y más siglos siguiesen avasallando á tantos y tan numerosos pueblos de esta India Occidental? ¿Dejaría persistente el engaño satánico de verse ella falsada, (17) por cuanto una de tantas pretendidas deidades se hacía pasar por madre de todos los dioses, *Tonantzín*, cuyo idólatrico culto se encontraba establecido aquí en la colina del Tepeyac? Oh no! Ella como Reina universal y verdadera Madre del único Dios verdadero, la vencedora de la serpiente antigua, se interesó en el cielo y abrevió el tiempo del castigo en que esta América gemía. Dirigió por sí misma la obra de la salud, porque como dice el Padre y Doctor San Ireneo: «Dios quiso constituir á la Virgen María principio de todos los bienes, de tal manera, que empezando por el mayor beneficio, el gran misterio de la Encarnación, no se realizó sin pedir el mismo Dios á la Virgen su consentimiento.» (18) Por esto, Señores, el extraordinario y benéfico suceso de comunicarse el antiguo con el Nuevo-Mundo, se lo debemos á tan augusta mediadora, como principio de todos los bienes, *omnium bonorum principium*. Ella inspiró al marino genovés y le alentó, y jamás como entonces fué ella para éste más efectivamente, la estrella del mar y el lucero de la mañana. Ella movió el corazón de Isabel, la Reina Católica, y la dirigió; y entonces también cual nunca, ella misma fué para ésta la Virgen prudente y la silla de la sabiduría. Ella por último, queridos hermanos míos, coronó ese gran suceso del siglo XV: el Descubrimiento del Nuevo-Mundo. Y por eso cuando Cristóbal Colón pisó esta tierra, la tierra de sus ensueños y de sus elucubraciones científicas, su primer acto fué consagrarla á Dios como dueño y Señor absoluto; á su Cristo como Salvador del mundo perdido por el pecado, y ponerla de modo especial á los piés de María Inmaculada, como á quien Dios mismo había constituido por Reina, Madre y Abogada universal. ¡Por la mediación de ella había de cumplirse y se cumplió para toda la redondez de la tierra, el reinado de la salud! ¡Por quién si no por ella había de tener su cumplido lleno el beneficio de todos los pueblos que su Hijo había salvado! ¡Quién si no ella haría que en los pueblos de estas Indias Occidentales comenzaran á avergonzarse aquellos que adoraban esculturas y se gloraban de sus simulacros! (19) Por la Virgen María se cumplió en el descubrimiento de nuestra América la profecía del Salmo que dice: «El Señor manifestó su Salvador. Se acordó de su misericordia y de su verdad, y vieron todos los términos de la tierra al Salvador del Dios nuestro.» (20)

Cantemos, pues, hermanos míos, cantemos y alabemos la misericordia del Señor y la poderosa intercesión de la Inmaculada Virgen María; cantemos con el Salmista, que contemplando tanta maravilla prorrumpe en estos acentos sobre las inspiradas cuerdas de su arpa:

«Cantad alegres á Dios, toda la tierra, cantad y saltad de gozo y tañed salmos.

«Tañed salmos al Señor con cítara, con cítara y con voz de salmo.

«Con trompetas de plata y oro, y con estruendo de cornetas.

«Cantad alegres en la presencia del Rey, que es el Señor.

«Muévase el mar en su inmensa plenitud: salte de gozo la redondez de la tierra y todos los que moran en ella.

«Aplaudan los ríos con palmadas y alégrense juntamente todos los montes.

«Cantad alegres á Dios, toda la tierra, cantadle cántico nuevo, porque hizo maravillas.

«Se acordó de su misericordia y todos los términos de la tierra vieron al Salvador.» (21)

Señores: el hecho del Descubrimiento verificado hace cuatro centurias, el día 12 de Octubre de 1492, tal día como hoy, fiesta de la Santísima Virgen María en su advocación del Pilar, me trae á la memoria á la misma augusta Virgen cuando todavía presente

16 Ps. 93. v. 5.  
17 Véase al fin la nota B.  
18 Vult illam Deus omnium bonorum esse principium. [S. Ir. De B. Virgine].  
19 Ps. 96.  
20 Notum fecit Dominus salutarem suum... Ps. 97.  
21 VIDERUNT OMNES TERMINI TERRE SALUTAREM DEI NOSTRI. Ps. cit.

en la vida mortal, fué como Reina de los Apóstoles hasta los confines de la tierra entonces conocidos, á alentar al Apóstol Santiago en aquel país en que las columnas de Hércules fijaban el límite: *Non plus ultra. No hay más allá; como revelándole ella que. Si hay más allá, Plus ultra, y que el apostolado de la fe, trasapando las famosas columnas, en cumplimiento del mandato del Señor: Euntes ergo docete omnes gentes.* (22) «Id, pues, á todo el mundo, enseñad á todas las naciones.» llegaría á la América, esto es, á todos los términos de la tierra. Si, llegaría por la intercesión de ella, porque echando abajo los pilares limitativos, erigió á las orillas del Ebro su sagrado Pilar, que descollando en el mundo impera sin límites sobre toda nación, sobre toda tribu y sobre toda lengua; porque Cristo su Hijo es la verdadera columna, la piedra mística, la piedrecuela arrojada, que creciendo ha subido más que los altos montes y llenado el orbe entero. Esa piedra mística es la Iglesia, esa piedra es Pedro que gobierna la Iglesia y la encabeza en persona de sus sucesores: *Tú es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.* (23) «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

Así, hermanos míos, fué una consecuencia, sin que por eso dejase de ser una maravilla, que apenas diez años después del descubrimiento y conquista de México y de haber comenzado la predicación del Evangelio, se efectuase el milagro de la Aparición Guadalupeana, como un anillo el más brillante, en la cadena de los prodigios de la Inmaculada Virgen en favor del Nuevo-Mundo. Entonces se dignó pedir que aquí mismo donde nos encontramos y donde se apareció, se le erija un templo; declaró que su advocación mexicana fuese *Cattallopeuh*, que quiere decir: «La Vencedora de la serpiente.» (24) *Guadalupe*, y dejó por prenda esta su portentosa Imagen, testimonio palpante y sello precioso de su amor y caridad.

Como á la vista de Juan, el discípulo amado, en las revelaciones de Patmos, así á la de Juan Diego, el neófito y humilde mexicano, aquí en el Tepeyac, disipando las tinieblas de la idolatría y ahuyentando á la falsa madre de los dioses, á la serpiente infernal, se descubrió la Santa y verdadera. Madre de Dios, como una gran señal en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus piés, cubierta de estrellas, rodeada de nubes luminosas y del arco del cielo rasgado por los hermosos colores del iris. Era los primeros días de la infraoctava de la Purísima Concepción, Diciembre de 1531, en el crepúsculo de la mañana.

La prueba de tan hermosa verdad, de hecho tan culminante y sorprendente, ahí la tenéis, Señores. A vuestra vista se encuentra, en ese trono y bajo esa corona, que en este singular y solemne día, han venido á ser corona y trono de la verdad guadalupana.

Ahí la tenéis, porque el Rmo. Padre D. Juan de Zumárraga, lleno de sábiduria y prudencia, exigió una prueba de la Aparición, una prueba de que el sencillo neófito no padecía engaño ni pretensión engañera. Y la Santísima Virgen que es la silla de la sabiduría y que es á un tiempo la rosa mística, la azucena de la pureza, el clavel de la caridad y el nardo y lirio de los eternos valles, mandó á Juan Diego que tomara en su pobre *ayate* ó manta, las flores que maravillosamente brotaran aquí en una cercana cuesta que le designó. Tomólas ella en seguida entre sus virginales manos, y restituyéndolas á la manta del dichoso indio, le ordenó que fuese á presentarlas por prenda al Pontífice. Conforme á la ciencia y arte de los indios, la Reina del cielo pintó á modo de expresivo jeroglífico, la constancia de su descenso y el testimonio auténtico de su voluntad, porque al desplegarse la manta, apareció en ella el milagro de la instantánea composición y configuración del retrato de la misma augusta Reina, como de noble india americana, (25) *nigra sed formosa*, sin fondo adecuado en la tosca y rala *tílna*, contra las leyes naturales del arte de pintar.

Tan palpable prodigio, Señores, ¿no es la mejor y más palmaria prueba del otro de las Apariciones de la Virgen al privilegiado Juan Diego y á su deudo Juan Bernardino, así como de que en realidad pedía la excelsa Señora que aquí le fue edificado este tem-

22 Math. XXVIII. 9.  
23 Math. XVI.  
24 Véase al fin la nota C.  
25 Véase al fin la nota D.

pló? ¿Y este templo mismo así originado, y que en su primitiva construcción, objeto y título, data del tiempo del descubridor, conquistador y verídico historiador Bernal Díaz del Castillo; los trescientos sesenta y cuatro años que de milagrosa duración lleva esta manta miserable, este *ayate* burdo y frágil; el colorido permanente de esas flores perecederas, que fueron la paleta de esta celestial pintura; la serie de historiografos indios que á tan estupendo suceso se refirieron; los cronistas españoles y extranjeros que de él trataron; los testamentos de piadosos indígenas que lo consignaron; los treinta y ocho Romanos Pontífices y los treinta y dos Arzobispos mexicanos, custodios del milagro palpante; los otros milagros innumerables que el Señor obra por medio de éste; los privilegios que los mismos Papas le han concedido; la devoción general del pueblo mexicano, de la América toda y aun del orbe entero; la tradición constante, en fin, siempre incólume bajo los rabiosos ataques de la impiedad escéptica, y aun de la ligereza é ingratitude de propios y de extraños; todo esto, Señores, ¿no surge á vuestros ojos como el más grande y firme edificio, monumental é indestructible, en demostración del poder de Dios aquí ejecutado, y de la gran bondad de su augusta Madre, desplegada en estos portentos de las Apariciones aquí efectuadas y en este raro y singular prodigio de la Imagen Guadalupeana documentadas? Cuatro grandes Pontífices principalmente han favorecido de una manera señalada la verdad del milagro: Benedicto XIII y Clemente XII que instituyeron el *Insigne Colegiata* para su culto; Benedicto XIV que confirmó esta gracia; que al ver en copia la milagrosa Imagen Guadalupeana exclamó con la Santa Escritura: *Non fecit taliter omni nationi.* «No ha hecho Dios cosa semejante con las otras naciones» y que concedió el Patronato, la Misa y el Oficio propio de la misma milagrosa Imagen; y el Gran León XIII actual y gloriosamente reinante, que otorgó el privilegio significativo en gran manera del Nuevo Oficio, pues con él ha confirmado solemnemente la verdad del milagro, que escribió á su respecto al Episcopado mexicano una de sus sapientísimas Cartas, que llenarán para siempre de luz y de gloria al siglo XIX, que cantó como egregio poeta el mismo prodigio hace pocos días en sublimes trovas, y que otorgó la gracia de esta solemnisísima Coronación de la propia Aparecida Imagen.

La Coronación, Señores, no sólo es por parte de Dios, que como Supremo Señor confiere los derechos, las facultades y los privilegios de que él es única fuente, correspondiéndole por eso á sólo él escoger y destinar á los Reyes y ángeles por medio de sus Profetas: *Per me Reges regnant*, (26); ni sólo es un acto de justicia por parte de una autoridad en premio de méritos adquiridos; sino también un acto debido de reconocimiento y vasallaje por parte de los inferiores, en atención y respeto de la majestad y de la soberanía. Así es como ahora coronamos á Nuestra Señora de Guadalupe para reconocerla y venerarla como quien es y para celebrar su triunfo. En esta Coronación triunfal, Señores, juramos el vasallaje que debemos á Nuestra Reina Santísima, porque en esta su portentosa Imagen y advocación nacional de Guadalupe mostró con esplendorosa claridad, que há tomado este pueblo por pueblo suyo, para patrocinarlo y para honrarlo desde este lugar elegido por ella. «Elegi, dice; y santifiqué este lugar para que ahí esté mi nombre y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo.» (27)

Si, eligió y santificó esta colina del Tepeyac, y en ella eligió y santificó á toda la región mexicana, y en México eligió y santificó á todo el continente de la América; no de otra manera que Dios santificó el monte Horeb por medio de la zarza milagrosa aparecida á Moisés, pues sin embargo de estar solamente en lo alto del monte, santificó de tal suerte la comarca toda, que el Señor le dijo á Moisés que se encontraba en la llanura: «Desata tu calzado, porque la tierra en que te encuentras tierra santa es.» (28)

Los hijos de la América así santificada, saltaron de gozo en el seno de su patria, y ésta exclamó, adoctrinada por la Iglesia, como la madre del Bautista, con grande voz: «¿De dónde á mí tanto honor y dicha tanta, que la Madre de mi Salvador venga á visi-

26 Prov. XIII.  
27 Elegi et sanctificavi locum istum ut sit ibi nomen meum et permaneat oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus. II. Par. VII. 16.  
28 Solve calceam tu a de pedibus tuis, locum enim qui stas, terra sancta est. Ecod. III.

tarme? Hé aquí que tan pronto como sonó á mi oído la voz de tu salutación, saltó de gozo el infante de mi seno.» (29)

¡Venturosa América, dichosas Indias Occidentales, México feliz, la Reina del cielo os escogió y santificó! Os ha visitado con tal amor, con tanta predilección y ternura maternal, que haciendo con vosotras lo que jamás hiciera con ninguna otra nación, os ha dejado además en su retrato una rica prenda, os ha dejado en su milagrosa Imagen de Guadalupe el testimonio de que vuestra vocación es obra suya! ¡Oh pueblos todos de la América, echad vuestras coronas á los pies de vuestra Reina y Patrona; como en el cielo hacen los veinticuatro ancianos al pié del trono de su Hijo el Divino Cordero!

¡Salve, Reina del pueblo mexicano! ¡Salve, Emperatriz Celeste de la América Cristiana! ¡Tú, oh Virgen del Tepeyac, eres la gloria del Nuevo Mundo, tú, la alegría de estas jóvenes Repúblicas, tú, la honra de nuestro pueblo! *Tu gloria Jerusalem, tu latititia Israel, tu honorificientia pupuli nostri.* (30)

Queriendo honrarnos con favor inmenso, nos pediste para ti ¡oh celestial Princesa! en este privilegiado lugar un templo, y nos diste para guardar en él tu milagrosa Efigie, como se guardaba en el Arca Santa la Vara poderosa del Señor. ¡Con cuánta razón, pues, «gózase aquí, Madre Purísima, el pueblo mexicano, en rendirte culto bajo esta tu portentosa Imagen y disfrutar por ella tu protección y amparo!»

*Mexicus heic populus mira sub imagine gaudet Te colere, alma parens, praesidioque fruí.* (31)

Señores, si por lo que antes consideráramos, el universo entero, Dios mismo, el cielo y la tierra, los Angeles y los hombres, las creaturas todas deben coronar y coronan en efecto á la augusta Madre de Dios; por lo que ahora contemplamos, nosotros los hijos de México, nosotros los americanos todos, así del continente como de las Islas, así del Septentrion como del Mediodía, tenemos motivo grande y poderoso para distinguirmos de las otras naciones del mundo, levantando un trono á la Santísima Virgen en su advocación y en su prodigiosa Imagen de Guadalupe. Tenemos un motivo particular, especialísimo, para coronarla con diadema imperial de oro y pedrería, como Reina de México, Emperatriz y Patrona de toda la América. ¡Entrañas de los montes y de los mares del Nuevo Mundo, prados y florescitas de la India Occidental, dadnos vuestros tesoros para hacer aquí á nuestra Reina, digno trono y corona digna! ¡Rosas de nuestros vergeles, y vosotras en particular, aves del cielo americano, desde las que habitais las altas cumbres, hasta las que poblais las risueñas playas, que habeis prestado por tantos siglos vuestro hermoso y brillante plumaje, para hacer la diadema de las nobles testas indígenas, y que ha venido á ser por eso entre nosotros, el símbolo de la dignidad Real y de la República, volad, venid á coronar con nosotros á la Purísima Reina Guadalupe, Patrona de nuestra nacionalidad y de nuestra Independencia!

Coronando á nuestra Señora seguimos el ejemplo del Angel tutelar de la América, que sobre sus hombros sostiene á la Aparecida Imagen de Guadalupe; el ejemplo de los otros Angeles de todas las Iglesias y naciones del Nuevo Mundo; y el vuestro ¡oh Protomártir San Felipe de Jesús, oh esclarecida Virgen Santa Rosa de Lima, y de todos vosotros, los demás Santos y Patronos de la Iglesia de México y de todas las Iglesias americanas!

Hermanos míos, al coronar á Nuestra Señora de Guadalupe cumplimos con un deber culto, muy dulce para nosotros, nos reconocemos y confesamos dichosos vasallos de tan gran Reina, le juramos obediencia, le rendimos pleito-homenaje y el merecido tributo de nuestros pechos leales.

Digna como es la Madre de Dios de ser honrada de todas maneras, la Iglesia no se detiene en buscar y emplear los medios más adecuados; y uno de los que encontró y aprobó en los últimos siglos, es este de coronar materialmente con especial y solemne rito, aquellas Imágenes que representan á la Purísima Reina, y que por el mérito de su origen ilustre, ó por su antigüedad, por los milagros obrados por su medio, y por la gran devoción de los fieles á las mismas, tengan como vinculado un especial favor divino, ofreciendo

29 Luc. I.  
30 Iudith. XV. 10.  
31 S. S. León XIII. Papá.

así justo motivo para que se las acuerde una tal condecoración, que ha de ejecutarse por mano del mismo Soberano Pontífice, ó de quien delegare en su lugar. Ahora bien, como el origen de la Efigie Guadalupeana es de los más ilustres é insignes, y como esta, en su cualidad de milagrosa, lo es no sólo por los prodigios que el Señor dispensa por su medio, sino que de una manera singular y única, es ella en sí un milagro relevante por su instantánea configuración, y un milagro palpante por su duración y conservación; desde antes que mediara el siglo XVIII (1740), y desde el primero de haberse fundado en Roma el expresado rito de la Coronación, se solicitó y se obtuvo para ella un tan merecido privilegio.

Sin embargo, Señores, una reunión bien rara de circunstancias, á causa del estado político del mundo, impidió por ciento cuarenta y cinco años que se llevara á término la deseada obra.

Mas tu Predecesor ¡oh Venerable hermano, Pontífice de esta metrópoli mexicana! alcanzó en nuestros días del Padre común de los fieles nueva gracia, é iba á practicarla, cuando se fueron encadenando otros años, que se habían pasado en conjurar dificultades, en resistir combates, y en hacer los preparativos más necesarios y dignos, cuanto es posible, para tan grande y extraordinaria solemnidad. Entre tanto, la muerte nos arrebató á ese tu inclito Predecesor, y tú, Venerable hermano, has sido el escogido por Dios para realizar como acabas de hacerlo, el deseo suyo y de cuatro centurias de generaciones. Tú, en acto tan solemne, has representado al Vicario de Dios en la tierra; y además, al coronar á nuestra Reina Santísima, nosotros hemos estado unidos á tí: con tus manos han estado las nuestras, con tus preces nuestros votos y con tu corazón nuestros corazones. Todos, grandes y pequeños, clero y pueblo aclamamos y exaltamos á la Emperatriz del cielo y de la tierra, á nuestra Sagrada Reina Mexicana, á la excelsa Señora del Nuevo-Mundo, elevada acá en ese trono y bajo esa imperial corona, que por misterio de Angeles está como suspendida de las cumbres de este monte del Tepeyac. *Veni de Libano, Sponsa mea, veni de Libano, veni, coronaberis de capite Amaná. Tepeyacense.* Ven del Libano, Esposa del Espíritu Santo, ven del Libano, ven para que seas coronada del monte más célebre del Anáhuac y de la América, del Tepeyac, porque aquí has alcanzado victoria sobre la serpiente antigua, sobre la madre de los falsos dioses.

En tal solemnidad, Señores, en estos momentos que señalan época en nuestra historia, se estremecen en sus mauseoles y saltan de júbilo los huesos de los Rmos. Señores Zumárraga, Montañán, Lorenzana, Labastida, y de todos nuestros pasados Pontífices, lo mismo que los de Juan Diego y de Juan Bernardino, en sus humildes sepulcros, y de todas las generaciones de creyentes mexicanos que duermen el sueño de las tumbas. ¡Páreceme columbrar que se levantan del polvo sus venerables sombras y discurren vagarosas entre nosotros! ¡Páreceme observar que se animan allí junto al trono de la Santísima Reina, esas marmóreas estatuas y esas pinturas, que evocan el recuerdo de nuestros grandes personajes históricos! ¡Oh, dichosos nosotros que vemos este día, prenda de días más felices, día que el noble extranjero Lorenzo Boturini previó hace ahora una centuria y media, y que aun comenzó á preparar! ¡Hízose como hijo de México por su devoción guadalupana, por su estudio de nuestras antigüedades, por su amor de nuestras lenguas indígenas y por su fervor en la piedad de nuestros antepasados. Obra señalada es ésta, en que ahora tanto y tan bien habeis trabajado muchos de vosotros, Señores, que me escuchais, para llevar á efecto el voto nacional; pero principalmente, ¡oh tú, Venerable hermano, (32) que presides la nueva Diócesis del Estado de Morelos por la oportunidad y preciosidad de tus escritos guadalupanos, de tus polémicas y acopios históricos, que te ponen al frente de nuestros ilustres y beneméritos escritores guadalupanos; y tú, hermano Venerable, (33) Obispo Abad de esta Colegiata, héroe incomparable, dando y fiel representante del último Arzobispo mexicano, de que antes hablé, y cuya muerte aún lloramos, que iniciaste, proseguieste y has llevado á término, al través de tantas dificultades y desazones, la reedificación, aumento y exquisito ornato de esta Nacional é Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe! ¡Habeis mere-

32 El Tímo. Sr. Obispo D. Fortino Hipólito Vera.  
33 El Tímo. Sr. Obispo y Abad de Guadalupe D. Antonio Plancarte y Labastida.

cido bien de la Iglesia y de la patria! ¡Al fin se ha realizado la obra tanto tiempo y tan ardentemente deseada! ¡Al fin hemos celebrado la Coronación solemne y ritual de Nuestra Señora! ¡Dichosos nosotros que esto vemos! (34)

Padre Santísimo, Vicario de Cristo, acepta desde lo alto de la Cátedra de Pedro, el homenaje de nuestra gratitud y de nuestra adhesión la más cordial, la más ardiente que te ofrecemos en este día, con motivo de este favor insigne, que entre tantos y tantos otros nos has dispensado, en obsequio de nuestra Celeste Reina Mexicana.

Acepta, tú también, Pontífice mexicano, las justas congratulaciones de tus hermanos y de tus hijos, por la distinción que has merecido, como Delegado del Romano Pontífice para la celebración de esta solemnidad.

Aceptadlas así mismo por la parte que habeis tomado, vosotros todos, Venerables Prelados, Prelados de la Iglesia nacional, aquí reunidos é identificados en uno, como una sola alma y como un solo corazón por amor y respeto, y por la más fina devoción á nuestra Sagrada Reina. Aceptadlas, Ilustre Capítulo de esta Insigne Colegiata, Casa Solariega de nuestra Excelsa Señora. Aceptadlas, Ilustres Capítulos metropolitanos y catedrales, y Clero Venerable de toda la Iglesia Mexicana; aceptadlas, culta sociedad, corporaciones respetables y pueblo fiel en general de nuestra República; aceptadlas, oh naciones y pueblos todos de ambas Américas, aceptad las congratulaciones ardentemente entusiastas y nacidas de lo íntimo de los corazones mexicanos, y más del mío, lleno de honor y de gratitud por ser el intérprete, aunque indigno, entre la Iglesia y vosotros, en esta extraordinaria solemnidad, que sobre ser eminentemente religiosa y patriótica á un tiempo, debemos calificarla también de internacional americana.

En fin, Rmos. Prelados de diversas Diócesis que os habeis dignado venir á tomar parte en el júbilo de esta solemnisma fiesta, aceptad todos el homenaje de nuestro reconocimiento y gratitud por vuestra gentil deferencia. Nos habeis honrado en gran manera: sois los testigos distinguidos, preeminentes y de toda excepción, del juramento de vasallaje, que por medio de la Coronación ritual hacemos á la Divina Reina del cielo, que por su milagroso descenso á esta tierra privilegiada, se dignó acogernos por especial pueblo suyo. Rogad por que separemos los mexicanos ser vasallos fieles de tan gran Reina, porque en ella lo seremos de Dios, y que seamos en efecto, muy agradecidos hijos de tan tierna y poderosa Madre.

Y ahora que pronuncio el dulce nombre de Madre, ahora que digo hijos agradecidos, vos Señores, que he llegado á la parte final de mi discurso. Prestadme aún, os ruego, por un breve rato vuestra atención. Vamos á ver cómo esta Coronación que celebramos, es un voto de reconocimiento y amor filial, grato á nuestra Madre amatísima, si sabemos coronarla cual ella debe serlo, como Madre por sus hijos.

III

Aunque la Purísima Virgen es gran Soberana y Reina Universal por excelencia, gusta más abrir su corazón á los pobres pecadores por su otro título y dulce carácter de Madre. Imita fielmente á Dios, que siendo Monarca sempiterno y Juez terrible, se hizo como uno de nosotros, humillándose á tomar la forma de siervo y la responsabilidad de pecador sin tener pecado. La delicia del Señor es estar con los hijos de los hombres, lleva en la mano su dulcísimo corazón, para ofrecerlo con generosidad inmensa á todos, y se complace en tomar los títulos y los oficios de nuestro Padre, nuestro Pastor, nuestro Hermano, nuestro Amigo, y el Esposo de nuestras almas. ¡Caridad grande, amor infinito! Para redimir á la desgraciada humanidad y civilizarla, se hizo como reo haciéndose nuestro Redentor y Maestro. Se ofreció como víctima muriendo de amor por nosotros, extendido su cuerpo Santísimo, clavado en una Cruz, y coronada su cabeza con una guirnalda cruel y horrible de espinas. Allí junto á su Cruz se encontraba la Virgen-Madre atra-

34 Beati oculi, qui vident quae vos videtis. Luc. X

vesada su alma con espada de dolor. (35) Y desde aquel trono de tormentos y bajo aquella corona de ignominia, él nos dió á su propia Madre por Madre nuestra. (36)

Por esta razón, hermanos míos, ella olvida las grandezas de su corte celestial, contempla sus dolores y angustias del Calvario, baja del Empíreo y viene aquí, al Tepeyac, á constituirse en tierna y amorosa Madre de los mexicanos. Prescindiendo de las muchedumbres angelicales que de sus cánticos y de sus músicas, que en las cumbres de este monte escuchó arrobado el dichoso indígena Juan Diego, á manera de aves desconocidas que poblaban el aire y saludaban la aurora con sus más dulces y alegres trinos; busca y prefiere al pobre indígena para confiarle el secreto de su maternal ternura. «Sabe, hijo mío, le dice en mexicana lengua, sabe que yo soy la Virgen María, Madre del Dios verdadero. Mi voluntad es, que en este sitio se me edifique un templo, en el cual me mostraré piadosa Madre contigo y con los tuyos, con mis devotos y con todos cuantos me buscaren.»

Ah! y cómo tan fielmente ha venido cumpliendo para con los mexicanos sus amorosos cuidados de Madre va ya para cuatro centurias! Con cuantos portentos y maravillas no ha mostrado en todo género de calamidades, ya públicas, ya privadas, que ella es nuestra Madre! Con cuántos beneficios no ha hecho ver que ella es el precioso canal de los favores del Señor! Bien lo sabeis, hermanos míos, la historia mexicana es historia guadalupana. El pueblo de México es el pueblo de Santa María de Guadalupe.

Los Reyes de las naciones, aunque se llamen los benefactores y padres de sus pueblos se tornan en sus tiranos. (37) «Los Reyes de las gentes, dijo el Divino Maestro se casocharon de ellas, y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores. Mas vosotros no así, antes bien, el que es mayor entre vosotros hágase como el que sirve.» Hé aquí por qué en realidad, Señores, la gran Reina de cielos y tierra se propuso en su caridad ardiente no ser más que una verdadera Madre nuestra, y Madre tierna, que avasallase nuestras almas no por la soberanía de su absoluto imperio, sino por la celestial dulcedumbre de su amor y de sus constantes beneficios. Santa María de Guadalupe se interpuso entre el acero del conquistador y el indio conquistado. Después de disipar la tiranía anterior al Descubrimiento, para lo cual sirvió la Conquista, á pesar de todos sus defectos y males, puesto que determinó el bien de echar abajo aquella antigua tiranía, que era la peor y la más dura, pues eran insaciablemente sanguinarios y por todo extremo crueles los dioses aztecas, verdaderos verdugos los ministros de su falso culto, y sobremannera déspotas los mandatarios públicos; impuso freno á los desmanes horribles y bárbaros de los guerreros invasores, que hubieran creído que todo les era lícito, si no hubiesen tenido que respetar y temer las sacrosantas leyes de la Religión, de la Moral y del Derecho del Hijo de la Virgen. Esta Religión unió y constituyó en un solo pueblo las dos castas diversas, indígena y española, y así nació la actual raza verdaderamente americana. Y si en más de tres centurias no se hubiesen venido oponiendo á la Religión Católica tantos obstáculos mundanos ¡oh cuánto más grandes, más adelantados y más dichosos no serian hoy todos los pueblos del Nuevo-Mundo, y muy particularmente el pueblo mexicano! Santa María de Guadalupe, como Arca Divina, nos ha conducido desde la esclavitud pagana, nos ha guiado por en medio de un mar de sangre y dolores, por un desierto de pobreza y abatimiento, y por unos campos enemigos, hasta sacarnos sanos y salvos: Santa María de Guadalupe es el blasón de nuestra gentileza á contar desde el Descubrimiento que ella dirigió, hasta la Independencia que ella inspiró y coronó, y de la cual ella misma es el escudo y el lábaro glorioso. Quebrantando la cabeza de la serpiente, Santa María de Guadalupe es en realidad el águila simbólica de nuestra empresa heroica, águila que doma y destruye con fuerza irresistible la serpiente de la perfidia contra Dios y contra la patria, la serpiente de la apostasía, de la división, de la discordia, de toda

35 Stabat juxta crucem Jesu mater ejus. Joan. XIX.  
36 Ecce mater tua. Ibid.  
37 Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos beneficii vocantur. Vos autem non sic sed qui maior est in vobis facti sicut minor, et qui praecessor, est sicut ministrator. Luc. XXII.

ruina y de todo mal. Por eso á la Inmaculada Virgen, como se mostró al discípulo amado en sus apocalípticas visiones, le fueron dadas dos alas de grande águila, para hacerla invencible y para que pueda dispensar patrocinio y protección. *Et data sunt mulieri alae duae aquilae magnae.* (38) Como al águila caudal de nuestro escudo, nos acogemos á su maternal amparo. *Sub umbra alarum tuarum protege me.* (39) Bajo la sombra de tus alas protégeme siempre, oh Madre!

Santa María de Guadalupe abrigó en su maternal regazo al pueblo mexicano al tomar la manta de Juan Diego para retratarse en ella, porque se propuso enviarla al Pontífice por prenda de su amoroso ofrecimiento, por testimonio de su Aparición y por título y documento de esta Iglesia Colegiata, de esta su Casa Solariega, á que vinculó el cumplimiento de su maternal protección. Por servir la capa ó manta para cubrir y defender, es el símbolo más propio y expresivo, en la escritura jeroglífica mexicana, del mismo maternal amparo y poderoso patrocinio. Y en la Escritura Santa encontramos á Eliseo, que armado como con un escudo, de la capa de Elías, tiene el patrocinio del Profeta del Carmelo y el doble espíritu de su Maestro y Señor. (40)

Hermanos míos, como el pueblo de Israel llevando entre sus pabellones el Arca Santa de la alianza, llevaba consigo al Señor, que de pueblo esclavo le hizo nación libre y grande, que le dió la Ley, y le condujo de victoria en victoria sobre sus enemigos hasta la tierra que mana leche y miel; así nosotros en esta portentosa Efigie Guadalupeana, tenemos nuestro pabellón y llevamos en el nuestra Arca Santa, Arca verdadera de que sólo fué sombra y figura la antigua, Arca que nos garantiza en el seno de la verdadera Iglesia, con la presencia del Señor, la posesión de la tierra prometida. ¿Que no perdamos esta Arca, como los hijos de Jacob perdieron la suya por causa de su ingratitude y de su infidelidad!

¡Oh Madre Santísima, Virgen María de Guadalupe, Arca de la divina Alianza mexicana, haz que por tí y bajo tu amparo, sea la República de México siempre tan feliz, que permanezca y viva cada día más constante y firme en la fe inalterable de Cristo.

*Per te sic vigent felix, teque auspice, Christi  
Immotam servet firmior usque fidem.* (41)

Pero en conclusión, Señores, ¿cuál y como deberá ser la corona filial que ofrezcamos á nuestra Madre Santísima de Guadalupe? Será de resplandecientes estrellas? Será de piedras preciosísimas? Será de oro fino? Será de hermosas flores? ¡Oh, miradlo bien! Debe ser la corona filial para nuestra Madre compuesta no de estrellas, no de piedras, no de oro ni de flores, sino de nosotros mismos. Esta es la voluntad, este es el deseo y la gloria de nuestra inclita Madre. Porque los buenos hijos son la corona de sus padres, y no sólo ellos sino también los hijos de los hijos. *Corona senium filii filiorum* (42) según enseña la Sabiduría en el Libro de los Proverbios. Y el Apóstol, después de haber hecho espiritualmente hijos suyos á los que convirtió á la fe, los llama por razón de hijos, su alegría y su corona. *Fratres mei charissimi, gaudium meum et corona mea.* (43)

La misma corona resplandeciente y más preciosa que en los cielos entretiene doce estrellas de espléndida luz sobre la cabeza de la Beatísima Virgen María, simboliza á toda la multitud, al conjunto perfecto de todos los hijos de esta excelsa Madre, á todos los fieles y verdaderos hijos de Cristo, á todos los hijos de Abraham, por más que sean de toda nación, tribu ó lengua; porque al hacerse por la fe hijos del Padre de los creyentes, se identificaron con los doce Patriarcas; se incorporaron en las doce tribus de Israel; se hicieron hijos de los doce Apóstoles en la única Iglesia de Cristo; todos alimentados de los doce frutos del árbol de la vida, que son los doce frutos del Espíritu Santo; todos juzgados sobre doce tronos, y admitidos todos por las doce puertas de la mística ciudad de Dios, cuyos fundamentos son también doce preciosas piedras.

38 Apoc. XII.  
39 Ps. 16 v. 8.  
40 Reg. III.  
41 S. León XIII Papa.  
42 Prov. XVII.  
43 Philipens. IV, 1.

Yo, pues, os conjuro, amadísimos hermanos míos, en las propias circunstancias de la gran solemnidad que hoy celebramos, á que seáis buenos y leales hijos de nuestra Madre Santísima la Virgen María de Guadalupe; buenos y dignos hijos por la pureza de vuestra fe católica y por la buenza de vuestra vida y costumbres, permaneciendo siempre firmes en la unidad y perfección, que están significadas en las doce estrellas que rutilan sobre la inmaculada frente de María. Doce estrellas son, mas representan una muchedumbre que nadie puede contar y forman una sola corona en su número docenario misterioso y perfecto. No seamos ay! no seamos del triste número de las estrellas que del cielo caen arrastradas por la cola del dragón infernal, que derriba en tierra una tercera parte de las que en el firmamento resplandecen! *Et cauda ejus trahebat tertiam partem stellarum caeli et misit eas in terram.* (44) Seamos siempre ¡oh mexicanos! en nuestra perfecta unión y en la cumplida unidad de la fe viva y práctica, la corona de nuestra Guadalupeana Madre. Sedlo vosotros, padres de familia, sedlo á una con vuestros hijos, porque la corona de los padres, vuelvo á decir son los hijos no sólo sino con sus descendientes. *Corona senium filii filiorum.* Porque nuestro Padre Dios, y María nuestra Madre, no nos quieren y buscan individual y aisladamente, sino á los padres con los hijos, á los individuos con las familias, á las familias con las naciones, á las naciones con sus jefes y supremas cabezas, porque Dios es Padre y Señor de individuos, de familias, de naciones y de supremos imperantes. *Rex regum et Dominus dominantium.* (45) ¡Que la Reina y Madre Santísima de la República Mexicana, reciba la corona filial entretreída y formada de todos los mexicanos sus predilectos hijos, diciéndoles ella: *Vosotros sois, hijos carísimos, gozo mío y corona mía.* GAUDIUM MEUM ET CORONA MEA.

Y acaso sea para darnos esta Madre amorosa y tierna un incentivo más, un estímulo especial, lo que pasa con respecto á su corona Real en el *ayate* milagroso. Desde que con una manera activa se empezó á tratar de su Coronación por sus hijos los mexicanos, no se descubre sobre su virginal cabeza la dicha corona Real de oro, que en diez ó doce rayos de dorada luz (46), aseguran los pintores facultativos y los historiadores guadalupanos que primitivamente tenía, y se ve en general por las copias de la Imagen esparcidas por todo el mundo. Parece, pues, decirnos ella así: Quitome la corona de la cabeza para que me coronéis vosotros, hijos míos, siendo yo en esta Imagen mía, por un privilegio particular vuestra Madre, no quiero entre vosotros otra corona que la vuestra, esto es, compuesta de vosotros mismos. Coronadme, porque á mi vez deseo ardentemente coronaros á vosotros por mano de mi Hijo si por vuestra perfecta unión, si por vuestra constancia en la fe, si por vuestra pureza de vida y costumbres, os hacéis gozo mío y corona mía. *Gaudium meum et corona mea.*

¡Oh qué gran poder de Reina y qué amorosa ternura de Madre! Aparecióse por un milagro coronada, y por ventura con otro milagro se muestra ya sin corona, para llevar tan solamente la que ahora le ofrecemos sus hijos!.....

¡Oh sí, augusta Señora y Madre, nosotros llenos de amor filial y de gratitud profunda, te venimos á coronar y te coronamos con nuestras almas y con nuestros corazones! Nosotros sabemos que si no te coronáramos como á Reina y Madre nuestra, no solamente seríamos indignos vasallos é ingratos hijos tuyos, sino también creaturas rebeldes del Señor; porque coronándote á tí, coronamos y glorificamos por fin último al Dios soberano y misericordioso, que te creó y te engrandeció para honor y realce de toda su obra, verdaderamente admirable. *Coeli narrant gloria Dei et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* (47) «Los cielos y la tierra cantan la gloria de Dios y el firmamento publica la grandiosa obra de sus manos.» Así vemos que los que te desconocen ¡oh María! y te odian y te persiguen, poniendo asechanzas bajo el pie con que les aplastas, niegan á Dios, pues engañándose á sí mismos aseguran en su corazón protervo que Dios no existe como Padre, y menos como Soberano y como Juez. Y no coronándote á tí, ¡oh Madre! ni glorificando á Dios, ¿qué hacen? Lo dices tú misma por

44 Apoc. XII.  
45 Apoc. XIX, 16.  
46 Véase fin la nota E.  
47 Ps. 18.

boca de la Sabiduría: «Ellos se coronan á sí propios embriagados de soberbia y locura, diciendo así: No hay refrigerio en el fin del hombre, ni se ha conocido quien haya tornado de los infernos, por que de nada hemos nacido y después seremos reducidos á nada. Embriagados de rico vino y de perfumes y no se nos pase la flor del tiempo. Coronémonos de rosas antes que se marchiten.» *Coronemus nos de rosis antequam marcescant.* (48.)

¡Oh Señora de la América, Reina de los Angeles y Madre de los hombres, Emperatriz del Nuevo-Mundo, Lábaro y Patrona de México, Virgen de Guadalupe, nosotros al coronarte con las rituales solemnidades de hoy, te reconocemos como quien eres y por lo que vales y significas, y como á tal te confesamos, aclamamos y juramos! Tú estás del todo ligada é identificada con los altos misterios de nuestra fe y con las máximas del Evangelio, con la regeneración de la humanidad y con la libertad y la civilización del mundo. Por el singular beneficio de tu Descenso y Aparición aquí en el Tepeyac, convertido con esto en el Cenáculo del Nuevo-Mundo, y por esta prenda que nos dejaste de tu Milagrosa Imagen, eres el cimiento y la flámula, el pedestal y el coronamiento de nuestra historia y nación, de nuestra Iglesia, de nuestra cultura, de nuestra Independencia, y de todas nuestras esperanzas en el tiempo y en la eternidad.

## NOTAS.

### NOTA A.

Estaban presentes varios Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos nacionales y extranjeros.

### NOTA B.

Consta por la historia que en tiempo del paganismo, adoraban los indios mexicanos una diosa en el cerro del Tepeyac, bajo la denominación de *Tonantzin*, que quiere decir *madre de los dioses*; con lo cual se palpa cómo la serpiente antigua cuidó mucho de engañar de tal manera á aquellos infelices idolátras, que anticipándose á falsearles la noción de la Virgen Madre por medio de la indicada diosa, nunca llegasen á conocer ni menos á amar y venerar á la Santa y verdadera Madre de Dios. A más de la circunstancia de la supuesta maternidad divina, falseó también la del sol que la viste con sus rayos. El célebre historiador Fray Jerónimo de Mendieta, en su «Historia Eclesiástica Indiana, Lib. II, Cap. IX,» dice así: «Había en la Provincia de los Totonaguas una diosa muy principal, y á ésta llamaban *la gran diosa de los cielos y mujer del sol*, cuyo templo estaba encumbrado en lo alto de una sierra, cercado de muchas arboledas y frutales, de rosas y flores. Era tenida esta diosa en grande reverencia y veneración, como al gran Sol; aunque siempre llevaba el Sol en ser venerado la ventaja. Mas obedecían lo que les mandaba como al mismo Sol, y por cierto se tenía que aquel ídolo de esta diosa les hablaba.... Teníanla por abogada ante el gran Dios, (el sol), porque les decía que hablaba y rogaba por ellos.... En esta tan celebrada diosa, parece que quiso el demonio introducir en su satánica iglesia un personaje que representase lo que la Reina de los Angeles y Madre de Dios representa en la Iglesia Católica, en ser Abogada y medianera de todos los necesitados que á ella se encomiendan para con el gran Dios y Sol de justicia su Sacratísimo Hijo.»

### NOTA C.

Dicen los inteligentes en la lengua mexicana, que la palabra *Coatlallopeah* significa literalmente *La vencedora de la serpiente*, y que de aquella palabra es corrupción la vulgar española de *Guadalupe*.

48 Sap. II.

*Guadalupe*, de lo cual ciertamente se encuentran varios ejemplos muy conocidos: así *Guadalaxara* y *Cuernavaca* no son en realidad entre nosotros denominaciones españolas como parece, sino corrupciones españolas de palabras indígenas mexicanas. Oyeron los españoles la voz indígena *Quauhahuac*, y pronunciaron *Cuernavaca*. Oyeron *Quauhajallan* y dijeron *Guadalaxara*.

El Sr. Cura de Tlachichuca, D. Nicolás Sabino Zavaleta que ha muerto últimamente, cuando acababa de publicar una *Explicación sobre el título de Guadalupe*, nos parece que ha prestado un servicio filológico importante, hasta la parte que pudimos ver, ignorando si terminó la obra, que por partes salía en *El Tiempo*.

### NOTA D.

En su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, sección intitulada *Catálogo del Museo Indiano*, Núm. 10, dice así Boturín: «El Mapa que cité (§ 31. n. 2.) por el cual se prueba que los Autores Indios dexaron memoria de la Santísima Señora (de Guadalupe Aparecida), é historiaron sus Apariciones con pinturas, según el estilo de su Nación; y que la Virgen Soberana, imitando también los usos y costumbres del Imperio Azteca, por lo que toca al modo de historiar, quiso pintarse en el *Ayatl* de Juan Diego, de cuyo Testimonio pintado quedaron tan satisfechos los Indios, que se esmeraron siempre en servirla. Proporiándoseme ocasión de interpretar este Mapa, demostraré su antigüedad y cómo los Naturales atribuyeron á su alto Patrocinio la dilatación de la fe en la universal Conquista de la Nueva-España.

«Sirve también á las pruebas de la Historia de su Divina Majestad, el retrato original que tengo del dicho Juan Diego, el que se ve pintado de rodillas, mirando al cerrito del Tepeyac, donde se apareció la primera vez Nuestra Madre y Patrona.»

### NOTA E.

Los pintores comisionados en 1666, para inspeccionar como facultativos, el milagroso *ayate* guadalupano, consignaron expresamente que la Sagrada Imagen tenía corona.

El P. Florencia, S. J., en su obra intitulada: *La Estrella del Norte*, que escribió en 1688, Cap. X, § 1, pág. 31, dice así: «Quiero pintar para los que no la han visto, las facciones, talde y garbo peregrino de aquesta Imagen.... Para no errar, pondré la que sacó el Licenciado Miguel Sánchez en su erudito libro de aquesta Santa Imagen, el diligente Author de la Relación que se imprimió en la Puebla de los Angeles.... Tiene la cabeza devotamente inclinada á la mano derecha, con una corona real, que asienta sobre el manto, con puntas de oro.»

El más célebre pintor de entre los mexicanos, y aun famoso escritor, D. Miguel Cabrera, comisionado para examinar la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y sacar una copia fiel y exacta para presentar al Soberano Pontífice Sr. Benedicto XIV, y que en presencia de testigos hizo el más minucioso examen de ella, hasta haber contado el número de rayos de sol, el de las estrellas y todos los demás detalles de la milagrosa pintura, escribió en 1756 su obra intitulada: *Maravilla Americana*, y haciendo la descripción dice así: «El manto le cubre modestamente parte de la cabeza, sobre el que tiene la real corona, que se compone de diez puntas ó rayos.»

El Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana, siendo Arzobispo de México, predicó una Oración Panegírica de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe el 12 de Diciembre de 1770, y aludiendo á la corona de doce estrellas de la mujer del Apocalipsis dice lo siguiente de la milagrosa pintura guadalupana: «Retrato tan hermoso y lindo, que está esparciendo cien rayos de sol á todas partes, para desterrar las tinieblas de la gentilidad, bañando su divina cabeza y rostro doce rayos, mejorando las estrellas del Apocalipsis.»

Es, pues, incuestionable, que primitivamente tenía corona Real

de rayos lucientes ó puntas de oro la milagrosa Imagen, y así en efecto se la ha reproducido constantemente en todas las copias, que en más de tres siglos han circulado por todo el mundo. Y sin embargo; últimamente, al ser sacada la misma prodigiosa Efigie de la vidriera para tomar copia en fotografía que sirviera para los preparativos de la Solemne Coronación, se ha encontrado que está ya sin corona, y ni rastros de ella, que sin duda hubieran quedado, si naturalmente se hubiese despatinado aquella, ó se verían huellas de raspadura, si mano violenta hubiese andado en el hecho, que por otra parte es imposible, por estar constantemente el milagroso lienzo bajo la estricta custodia del Venerable Cabildo de la Colegiata. Digamos, pues: *A Domino factus es istud, et est mirabile in oculis nostris. (Math. XXI. 42).* «Por el Señor ha sido hecho esto y es verdaderamente una maravilla á nuestros ojos.»

V

**Predicado por el Ilmo. Sr. Obispo de Chi- huahua, D. Jose de Jesus Ortiz, el día once de Octubre.**

«Quam terribilis est locus iste! Non est hic aliud nisi domus Dei et porta caeli. «Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo.— Génesis 28. 17.

Ilmos. Señores:

OS afortunados peregrinos que vuelven de Tierra Santa, después de haber visitado los lugares que fueron teatro de los más angustos misterios de la Redención, conservan por todo el resto de la vida las piadosas impresiones que les causara la contemplación de aquellos horizontes en que alguna vez se espació la mirada de Dios-Hombre, la gruta que le vio nacer, las montañas y valles que recorrió, las ciudades y aldeas que le dieron hospitalidad ó fueron testigos del poder de su palabra, los sitios en que descansó y aquellos otros que recogieron sus lágrimas ó se empaparon en su sangre sacrosanta.

«¿Cuántos recuerdos! ¡cuántas impresiones y cuán fecundo manantial de meditaciones para la piedad cristiana! Y lo que más conmueve, según decir de los que de allá vienen, es la consideración del *hic*. Aquí, en este lugar en que me encuentro, el Hijo de Dios habló á los hombres. Aquí sus ojos se anubilaron con la abundancia de lágrimas que el amor le arrancara. Aquí derramó su sangre preciosísima. Aquí exhaló el último suspiro. De tal suerte, que la imaginación puede fácilmente reproducir en sus más insignificantes pormenores las grandiosas escenas de la Redención.

Tal parece, hermanos míos, que nos sucede á nosotros, venidos de lejanas tierras, cuando tras pasamos por primera vez los dinteles de este recinto sagrado. Aquí, ó no lejos de aquí, años atrás, la Madre de Dios y Reina del cielo, velando modestamente los destellos de gloria que la circundan, aparecióse al neófito Juan Diego, habló con él, le declaró sus designios y le hizo mensajero de sus voluntades.

«Aquí en la cumbre de la santificada colina, los oídos del felicísimo indígena se recrearon con las armonías celestiales que anunciaban al nuevo mundo la gloria de Dios y la paz á los hombres de buena voluntad; aquí florecieron los rosales plantados por divina mano, de donde el humilde mensajero tomó las flores que habían de acreditar la verdad de su misión: aquí, finalmente, por invisible y omnipotente pincel fué delineada la portentosa Imágen que hoy todavía conservamos como recuerdo del insigne favor.

Con razón, pues, al sentirnos bajo el abrigo de estas bóvedas

seculares, al aspirar el ambiente del recinto sagrado, al fijar la vista en las pinturas alusivas que decoran sus muros, al doblar la rodilla para formular la primera plegaria y contemplar por primera vez en su propio original el moreno y agraciado rostro de la Santa Imagen, un cúmulo de piadosos recuerdos acude á la memoria; siéntese el peregrino conmovido por el temor y por el profundo respeto que inspira el prodigio sobrenatural que está á la vista, y por la dulce confianza que infunde la consideración de que está en la casa de la amantísima Madre de los mexicanos.

«Verdaderamente es santo y terrible este lugar! pudíáramos exclamar con el Patriarca Jacob cuando volvió del sueño misterioso en que Dios le recordó sus designios. Santo es este templo, no sólo porque ha recibido las bendiciones solemnes de la Iglesia, no sólo porque es el monumento de nuestras más claras tradiciones y el relicario que guarda la más preciosa y significativa prenda de nuestra fe en el milagro guadalupano, sino que es santo también, porque ha sido consagrado con la presencia de la Inmaculada Virgen María, y porque de sus labios se escucharon aquí palabras de tiernísimo afecto, reveladoras de los designios de Dios sobre el pueblo conquistado.

Cuando se considera la honra singular que la Madre de Dios dispensara á los hijos de este suelo en su milagrosa aparición, y los favores sin número que ha seguido prodigándoles en el transcurso de los años, no es de admirar ni el universal entusiasmo con que fué acogido el feliz pensamiento de reedificar este templo á honra suya y coronar su santa Imagen con corona de oro, ni el concurso de Pontífices, sacerdotes é innumerables peregrinos que han venido para dar testimonio de su fe y realzar con su presencia el esplendor de estas fiestas.

Consagrar con las bendiciones de la Iglesia este monumento erigido por la gratitud del pueblo mexicano á su augusta Patrona, y reproducir en cuanto es dado al hombre, siquiera sea en imperfecto y pálido bosquejo, la grandiosa escena que tuvo lugar en el cielo, cuando el Hijo de Dios, descendiendo del excelso trono que ocupa á la diestra del Padre, se adelantó para recibir y coronar como Soberana Reina del Universo á la Inmaculada Virgen, que ascendía de la tierra con la majestad de la aurora, hermosa como la luna, radiante y escogida como el sol; tal es el objeto de las presentes solemnísimas fiestas.

«¿Qué diera yo, hermanos míos, por encontrar asunto digno de las circunstancias no menos que de vuestra ilustrada y religiosa atención? Humilde Pastor de apartada y naciente grey, nunca pude imaginar que me tocara á mí llevar la voz en tan solemne ocasión, en nombre de una de las más ilustres y antiguas Iglesias de esta porción del Rebaño de Cristo; pero tampoco he podido rehusar el alto honor que se me dispensara.

«Vos, Señora, que sois Madre de la Sabiduría Increada y Madre nuestra también, alcanzadme la gracia de un rayo de luz, para penetrar en la profundidad de los designios divinos y mostrar á mis hermanos, cómo en Vos, Señora, en el culto que Os tributamos, en el amor que Os profesamos, está vinculado el verdadero progreso y el sólido engrandecimiento de la Patria!

Ave María. La más firme de nuestras piadosas tradiciones, la que siempre resistió victoriosamente el examen de la crítica más apasionada, la tradición guadalupana, cuenta hoy la aprobación del ilustre Pontífice reinante, confirmatoria de la que años atrás, recibiera de otro Pontífice no menos sabio y eminente. Y si á estos excelentes documentos se agregan, á mayor abundamiento, los estudios críticos llevados á cabo en los últimos años por hombres doctísimos en la historia patria, y el testimonio unánime del Episcopado, del Clero y Pueblo, quienes claramente han expresado su sentir con motivo de las presentes fiestas; ya no habrá en adelante para los que nos preciamos de verdaderos católicos, sombra alguna que oscurezca la pureza de nuestra fe.

Partiendo, pues, del hecho integable de la aparición guadalupana, podemos ya elevarnos á más altas consideraciones y preguntarnos con humilde y profundísimo respeto: «¿Cuáles son los secretos designios que Dios tuvo al permitir que la Inmaculada Virgen viniera de lo alto del cielo á visitar á los pobres moradores de esta entonces desconocida tierra?

Sabemos de cierto que Dios no hace cosa alguna sin razón suficiente. Sabemos todavía más y con igual certeza: Dios nunca permite estas apariciones extraordinarias de lo sobrenatural, sin altísimos y secretos designios. Si habló familiarmente con los Patriarcas, si en diferentes ocasiones se apareció á Moisés y le comunicó directamente sus voluntades, si á los Profetas les infundió su Espíritu divino para que vieran el porvenir; todo fué porque así convenía para preparar y llevar á cabo la grande obra de la Redención.

Sin más razonamientos, podemos pues desde luego asegurar, que un grande y secreto designio se oculta bajo la sencilla historia de la aparición guadalupana.

Tratábase de arrancar del poder del demonio y conquistar á la verdadera fe un pueblo numeroso, conquistado ya por la fuerza de las armas. Ved aquí una obra digna de Dios, quien por salvar las almas y restablecer al hombre en su primera dignidad, no vació ante las humillaciones mismas de la muerte.

En las obras de Dios distingúense claramente tres faces diferentes que corresponden á tres períodos de su historia: humildad y á veces desprecio en sus principios, lentitud en su desarrollo y admirable fecundidad en sus resultados.

«Es semejante el Reino de los cielos al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en un campo; menudísimo entre todas las semillas, crece después y viene á ser; mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas.»

Dios es el sembrador; su divina palabra, la simiente; el corazón del hombre es el campo, y las leyes eternas de la justicia, en combinación con la voluntad humana, representan los elementos naturales. En el primer período, Dios lo hace todo; ordena los acontecimientos, prepara los corazones, y envía sus siervos para que esparzan por todos los vientos la semilla de la palabra divina: éste es el período de la vocación ó de la siembra. En el segundo, Dios entra en relativo reposo, deja que las leyes eternas de la justicia se desarrollen sin detrimento de las libres determinaciones de la voluntad humana, y éste es el período de la prueba ó del cultivo. El tercer período es el de la recolección de los frutos y de la estrecha cuenta, el período de las recompensas y del castigo.

Y esto que se dice de los individuos, con mayoría de razón es aplicable á las naciones que son también, criaturas de Dios y herencia suya. *Ego hodie genui te... dabo tibi gentes hereditatem tuam* (1). Tienen las naciones su vocación especial, su período de prueba, sus recompensas y sus castigos.

La España fué la nación afortunada escogida por Dios para asociarla á la realización de sus designios en el Nuevo Mundo. Ninguna como ella, en aquel entonces, más digna de tan alta misión. El natural carácter de sus hijos que les predispone á toda empresa árdua y gloriosa, juntamente con el heroísmo heredado de sus mayores y nunca desmentido ni entibiado en ochocientos años de constante batallar contra el Islamismo; la firmeza de su fe y el celo que siempre tuvo en la conservación de su integridad, no menos que el momento escogido por Colón para solicitar el apoyo de aquel poderoso pueblo, cuando terminaba gloriosamente la obra de su emancipación definitiva y rebosaba en poderío, en grandes tesoros y en hombres eminentes en ciencia y en virtud; todo persuade que la noble y católica España era en efecto, la llamada por Dios para sembrar el grano de mostaza en este inculto y dilatado campo.

Bajo los auspicios de la generosa Reina Isabel, el Gran Descubridor emprendió su asombroso viaje de exploración, y de acuerdo con la Soberana á quien servía, en la primera tierra que encontró á su paso, enarbó el estandarte de la cruz, para significar que Cristo, antes que los hombres, tomaba posesión de estos desconocidos reinos que ya le pertenecían á título de herencia.

Pero no es esto solo. La vocación de la España, bastante indicada por la ilación lógica y providencial de los acontecimientos, recibió solemne confirmación sobre esta bendita colina, en el pacto de alianza iniciado por la Reina del cielo con el más ilustre representante que la nación católica tenía entonces en estas regiones, Fr. Juan de Zumárraga. Por la mediación del humilde neófito Juan

Diego, el santo Obispo tuvo conocimiento de la voluntad de la Reina del cielo, y por la misma mediación expresó él las condiciones que la prudencia cristiana aconseja en casos semejantes. Y no os admire, hermanos míos, el atrevimiento de mis palabras cuando os hablo de un pacto de alianza entre la Reina del cielo y el Obispo Zumárraga.

En el campo del Padre de familia, ni la simiente sola, ni la lluvia, ni la tierra darían de por sí el fruto apetecido si no se combinaba en acción común. Verdad es que si á bien lo tuviera, el Padre de familia podría llevar á cabo sus designios en el gobierno del mundo, sin contar para nada con la voluntad humana, como puede ofrecernos sazonados frutos sin el concurso de los elementos naturales. Pero Dios ha honrado al hombre con el don terrible de la libertad, ha querido bondadosamente asociarlo á la realización de los consejos de su Sabiduría, para que tuviera ocasión de merecer, y á tal punto ha llegado la condescendencia divina, que entra en tratados con él como si fuera su igual.

Cuando Dios necesitó un hombre que fuera el padre del pueblo escogido á quien iba á hacer depositario de sus más íntimos secretos, eligió á Abraham entre todos los Patriarcas, le llamó aparte, le hizo conocer sus designios y acabó por celebrar con él el pacto llamado de la antigua alianza: «yo soy el Dios Todopoderoso: camina como siervo fiel delante de mí y sé perfecto. . . . Y estableceré mi pacto entre mí y tí y entre tu posteridad después de tí en sus generaciones con alianza eterna, para ser Dios tuyo y de tu posteridad después de tí.» Y para dar firmeza á las obligaciones contraídas, como si Dios quisiera prevenirse contra su misma omnipotencia, agrega en seguida: «circuncidaréis vuestra carne en señal de alianza contraída entre mí y vosotros.» (2)

Si Dios mismo, cuando así ha convenido á sus designios, ha celebrado pactos de alianza con el hombre, no es de admirar que su augusta Madre descendiera del cielo para confirmar con un acto positivo de su voluntad, la misión providencial de la nación conquistadora y cubrir así bajo el manto de su patrocinio á la raza conquistada.

La tradición conserva las tiernísimas y familiares pláticas de la Reina del cielo con el humilde neófito. Sencillas como son, pueden guiarnos en las piadosas reflexiones que os vengo proponiendo: Quiere María que en este mismo sitio se edifique un templo para honrar su nombre, declara que en él se mostrará Madre piadosa y protectora de todos aquellos que la invoquen; y en prenda de su palabra nos deja la milagrosa Imagen que guardamos aquí como reliquia venida del cielo.

Un templo, una promesa, una prenda de inestimable valor: hé aquí en rítmico el mensaje de la Reina del cielo al Obispo Zumárraga. Dios, representado por su Santa Madre, la nación conquistadora, por su obispo, y la raza conquistada, por el indígena Juan Diego: tales son, si nos es permitido expresarnos así, las partes contratantes. Pero en todo pacto hay obligaciones y derechos recíprocos, y un documento, una prenda, que garantice el cumplimiento de lo pactado.

El templo es la suma de nuestros deberes. Porque no sólo ha de verse el templo cristiano en su estructura material, sino primera y principalmente en su significación mística y así, es no sólo escuela de la vida cristiana y casa de oración, sino también imagen del cielo y figura de la unidad de fe y de caridad que debe reinar entre los cristianos.

«La promesa de María es el fundamento más sólido, no diré de nuestros derechos, de nuestras más caras y legítimas esperanzas; y la bendita Imagen que veneramos aquí, la prenda y el testimonio elocuentísimo de la alianza celebrada y el recuerdo imperecedero de los favores hechos á la raza conquistada, no menos que de los deberes impuestos al conquistador.

El pueblo de Israel tuvo también un pacto y una historia que pueden resumirse en estas breves expresiones: un templo que fué la maravilla del mundo y el testimonio de la gratitud nacional por los favores recibidos; una promesa, la gran promesa de la Redención que le sirvió de aliento en los días de la peregrinación y de la prueba, y una prenda de seguridad, las tablas de la Ley que se guardaban con religioso respeto bajo el Arca Santa.

En presencia del prodigio guadalupano, el ilustre Pontífice depuso los justos temores que la prudencia inspira en semejantes ocasiones, y él el primero en la misma actitud en que le vemos en este altar, adoró la portentosa Imagen, mandó exponerla á la veneración pública y por su orden se construyó la primera ermita que hoy vemos transformada en templo suntuoso. Así quedó solemnemente ratificado el pacto de alianza: en nombre de su patria el santo obispo aceptó la misión de evangelizar estos pueblos, llamados como todos los demás, á tomar asiento en el banquete del Rey de la Gloria.

La España cumplió fielmente su misión; debemos reconocerlo así, porque es de justicia. De España vinieron los primeros heraldos del Evangelio, hombres poderosos en obras y en palabras, que así esparcían por todos los vientos la divina semilla, como derramaban su sangre y sacrificaban sus vidas cuando era necesario para el cultivo de la nueva viña. De España nos vino la paternal legislación de Indias inspirada en los más puros sentimientos de la caridad cristiana, la hermosa lengua que hablamos, las ciencias, las artes y los conocimientos útiles, que sirven de base á la moderna civilización. De allá vinieron también, es preciso confesarlo, el audaz aventurero deseo de proezas y mundana gloria, y el encandoramiento sin entrañas dispuesto á sacrificar su conciencia cristiana á trueque de saclar su sed de oro. Era la zizaña, por ley providencial tolerada donde quiera que se siembra la buena semilla.

Los primeros misioneros se ocuparon en preparar el campo, desentrañando del corazón las supersticiones y el culto sangriento de los ídolos, al mismo tiempo que luchaban valerosamente contra los mezquinos intereses de la ambición y de la codicia, conjurados en contra de la raza indígena. A la voz insinuante y persuasiva del religioso, los naturales recobraban la confianza, perdida por los malos tratamientos del conquistador, deponían su actitud hostil y bajo los auspicios de la Virgen María de Guadalupe y del Santo Patrón elegido por ellos, congregábanse en torno de la iglesia y del convento, que eran á la vez, escuela de la vida cristiana y de la vida civil. Así se formaron los primeros centros de la población indígena, con sus tierras comunes, su legislación especial y la autoridad del misionero, quien la ejercía según el modelo de los antiguos patriarcas.

A los primeros operarios sucedieron otros no menos celosos á quienes estaba reservado el culto lento y laborioso de la viña. Tocábalos á ellos la consolidación de las conquistas ya hechas, á la vez que emprendían otras nuevas á medida que audaces exploradores descubrieran campos vírgenes que reclamaban su celo. Durante largos años de trabajo continuo, la fe católica fué de esta suerte arraigándose más y más en este suelo; las dos razas, la conquistadora y la conquistada, venciendo naturales repugnancias, se acercaron la una á la otra, vivieron pacíficamente bajo el mismo cetro y aun se unieron, siquiera sea en parte, con los vínculos de la sangre, para dar nacimiento á la patria mexicana, heredera de las nobles virtudes, no menos que de los defectos de aquellas.

Aquí termina la misión providencial de España. La heroica nación sembró el grano de mostaza en este campo virgen, y la mínima semilla se ve al cabo de trescientos años, transformada en un árbol robusto que extiende la sombra de sus ramas hasta las más apartadas regiones. Un pueblo que nace de su seno para tomar asiento en el congreso de las naciones libres, una cristiandad floreciente que dilata y embellece el Reinado de Cristo, tal es el fruto de los generosos desvelos de la España en el cultivo de la viña que se le encomendara.

¡Eterna gratitud á la nación conquistadora que nos legó con su sangre, su lengua, sus costumbres y su genio, el tesoro inapreciable de la fe cristiana!

Al emanciparnos de la madre patria comenzó para nosotros el período de la prueba, al mismo tiempo que recibíamos la doble misión providencial de continuar la obra civilizadora de la raza indígena y conservar en nuestro propio sér la pureza de la fe católica.

Haçe más de setenta años que somos dueños de nuestros destinos y responsables ante Dios y ante la Historia del uso que hubiéramos hecho de la libertad conquistada. Es tiempo ya de preguntarnos: ¿cómo hemos cumplido nuestra noble misión providencial?

¿cuál será la cuenta que debemos al Señor de la viña cuando venga á visitar sus posesiones?

Y por lo que hace á la raza indígena, ¿qué hemos hecho nosotros, hermanos míos, en nuestra calidad de nación independiente, para cooperar á la realización de los designios de María con relación á la raza predilecta suya? ¿en dónde están las misiones fundadas por nosotros, no digo ya para continuar, para conservar siquiera las conquistas civilizadoras de España?

Cuando vemos pasar delante de nosotros esos grupos de hombres, mujeres y niños de la raza indígena que caminan en silencio, ostentando en el desaliño de sus personas, en la desnudez de su cuerpo, en su andar vacilante y en la vaguedad de sus miradas sin inteligencia y sin vida, la doble y profundísima miseria de que adolecen en el alma y en el cuerpo: cuando tales espectáculos se contemplan, no digo ya en nuestras más apartadas serranías, en el centro mismo de las más populosas y adelantadas ciudades, la respuesta no debe ser dudosa, ni menos mortificante para nosotros.

¡Nada, absolutamente nada, hemos hecho como nación independiente en favor de esa raza predilecta de María!

Las continuas revueltas en que por mucho tiempo vivimos podrán servirnos de excusa por lo que ve á lo pasado: mas ¿quién podrá en adelante librarnos de la responsabilidad que sobre nosotros pesa, si no hacemos poderosos esfuerzos para atraer hacia nosotros esa numerosa porción de nuestros hermanos, que viven hoy privados de los beneficios de la civilización cristiana y próximos á perder hasta los últimos restos de la fe que aún les queda?

Y si volvemos nuestras miradas hacia nosotros mismos ¿qué ha sido del tesoro de la fe católica que recibimos en herencia de nuestros mayores?

El iniciador de la Independencia política de la que un tiempo fué la Nueva España, comprendiendo quizá la responsabilidad que echaba sobre sí, no quiso romper totalmente con un pasado glorioso y que auguraba porvenir mejor, y en momentos al parecer de secreta inspiración, enarbó como bandera de la temeraria lucha por él emprendida, la Sacrosanta Imagen de la Virgen María de Guadalupe, símbolo desde entonces, á la vez, de la Religión y de la Patria. Sacerdote y patriota, era él mismo en su persona la encarnación viva de su programa: Patria independiente y Religión viva.

Los caudillos que en pos de él se levantaron para continuar la lucha, murieron fieles á su gloriosa bandera, y el afortunado vencedor, el consumidor de la obra creyó por un momento asegurada para siempre, la libertad de la patria en la unidad de la fe. No fué así por desgracia nuestra; habíamos entrado de lleno en el período de la prueba, Dios nos dejaba hacer y nos observaba en silencio, éramos libres para ir á la derecha ó á la izquierda y no todos se conservaron fieles. La herencia que de nuestros mayores recibimos ha sufrido tristísimos é inolvidables menoscabos. Las antiguas fronteras desaparecieron, dogmas nuevos se han predicado en la cátedra, en la tribuna y en la prensa, y la fe que inspiró su programa á los primeros caudillos de la Independencia, no es ya la antorcha que guía á los hombres de Estado en el gobierno de la cosa pública.

A favor de las luchas intestinas en que por largo tiempo vivimos, la zizaña ha cundido y penetrado hondamente en el campo del Padre de familias, y los amargos frutos que ya comienzan á recogerse en la creciente inmoralidad pública bajo sus más repugnantes manifestaciones, apenas si han bastado á provocar la alarma, y sincera y nobilísima confesión de parte de uno de los hombres de más recta intención y más esclarecido talento con que se glorian aquellos que nos quieren mal.

¡Ah! ¡Si México, más feliz que la Jerusalén decida, comprendiendo mejor sus verdaderos intereses, escuchara en estos momentos la voz de Aquella que le llama y le brinda, sin menoscabo de su engrandecimiento material, con bienes más sólidos y duraderos, que el orín no consume ni destruye la pollilla!

Es, sin embargo, altamente consolador lo que nuestros ojos ven en los momentos que corren. Tras largos años de mercedidas expiaciones, la paz política y el consiguiente desarrollo de los intereses materiales, que si no son el dón por excelencia de Dios, mucho significan en un pueblo debilitado por las discordias civiles, parecen arraigar definitivamente entre nosotros; y lo que es más aún

la fe católica, que se extinguía sin remedio, según decir de nuestros enemigos, no sólo vive en el corazón de los hombres fieles á la antigua enseña de la Independencia, sino que en estos días ha dado pruebas inequívocas de que es ahora tan poderosa en obras, tan firme y solícita de su integridad, como lo fuera en los mejores tiempos. De ello da irrecusable testimonio este grandioso monumento en pocos años erigido en honor de la fundadora de la nacionalidad mexicana; el esplendor de estas fiestas sin igual en los anales de la historia patria, y el extraordinario concurso de peregrinos, que de las más apartadas regiones han venido á postrarse ante la bendita Imagen, para hacer pública confesión de su fe y exhalar en cánticos de acción de gracias los más puros sentimientos del amor y de la piedad filial.

De esta suerte, hermanos míos, la Reina del cielo que bendijo con su presencia este campo inculco desde que en él se depositó el primer grano de mostaza; que dió valor, abnegación y constancia al misionero y apareció desde los primeros días como mediadora entre el conquistador y el conquistado, para dar nacimiento á un pueblo nuevo que le pertenece, no menos por lo que tiene de ibero que por lo que tiene de indígena; que en momentos solemnes reaparece segunda vez, siempre bajo la consoladora advocación de Guadalupe para inspirar á los hombres que nos dieron patria, el salvador programa de la unidad en la fe; Ella que fué el sostén de los fieles en los días de la tribulación y de la prueba, una vez más vuelve á aparecer en el cielo de nuestras esperanzas, ofreciendo la paz verdadera á todos los hijos de México, como si quisiera renovar el antiguo pacto de alianza y derramar nuevas bendiciones sobre su pueblo predilecto.

Queráis, Señora, un templo consagrado á vuestro culto, un templo que fuera en su simbolismo místico, en la simétrica disposición de sus naves, en la decoración de sus muros, en el tallado de sus piedras y donde quiera que la vista se fijas, elocuentísima enseñanza de nuestros deberes de cristianos y recordo imprecadero del insigne favor que de Vos recibimos en este lugar. Pues ved aquí, cumplidos vuestros más ardientes votos. En otro tiempo la munificencia de los reyes se enaltecía compartiendo con el pueblo fiel, el mérito que á los divinos ojos tienen estas obras monumentales erigidas en honra Vuestra; ahora este templo es obra exclusiva de la fe y el amor de vuestros hijos, de la generosa ofrenda del óbolo del pobre. Aceptadlo bondadosamente. ¡No es en verdad lo que Vos, Señora, merecéis, no obstante que es lo más que hemos podido ofrecerlos!

Permitid que en estos momentos solemnes os recordemos vuestras inolvidables promesas. ¡Mostraos una vez más, Madre piadosa de los mexicanos! Dentro de breves horas, en el instante en que el ilustre Pastor de esta grey, digno sucesor del Santo Obispo Zumárraga, corone Vuestras sienes con la Diadema de oro que os dedica el amor y la piedad de vuestros hijos, México entero, unido en un solo pensamiento y en un solo corazón, elevará al cielo humilde y fervorosa plegaria inspirada en la inquebrantable fe que tiene en vuestro poderoso patrocinio. ¡Acogedla benignamente; Nada en particular pediremos guiados por nuestro propio juicio; Vos, Señora, pedireis por nosotros; como Madre nuestra sabéis mejor lo que más conviene á nuestros verdaderos intereses. Si por ventura, como muchos creen, esta fecha gloriosa ha de inaugurar para México la era del sólido engrandecimiento y de la verdadera paz, haced, Señora, que se apresure el momento, que venga á nosotros el Reino de Dios para que unidos en la fe y en la caridad, cumplamos mejor la misión providencial que nos ha sido encomendada.

Pero si á la gloria de Dios conviene que se prolongue el período de la expiación y de la prueba, si hemos de sufrir todavía persecución por la justicia, si no suena aún para México la deseada hora del reinado social de Jesucristo, cúmplase en todo la divina voluntad, pero venga á nosotros juntamente con el merecido castigo, la abundancia de vuestras bendiciones, el valor y la fortaleza cristiana que necesitamos para perseverar hasta el fin! Amen.

## VI

Pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, D. Ramon Zbarra y Gonzalez, el día 13 de Octubre.

Tunc precepit et dixit mihi Creator omnium: In Jacob inhabitabit; in Israel hereditabit, et in electis meis mitte radices.—Ecclesi 20.  
Entonces me mandó y dijo el Creador de todas las cosas: Habita en Jacob mi pueblo amado: escoge tu herencia en Israel y arraiga profundamente entre mis elegidos.—Ecclesi c. 20.

Ilmos. y Rdmos. señores:

AS vivas y delicadas impresiones que despertó en nuestra alma el día de ayer la grandiosa é imponente ceremonia de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, se renuevan el día de hoy al contemplar en este sagrado recinto la numerosa y escogida peregrinación de Querétaro que sobreponiéndose á las dificultades de un penoso viaje, ha venido á este santuario, siguiendo á su amante Pastor.

Una fuerza irresistible los ha hecho abandonar sus hogares. Han percibido desde lejos la delicada fragancia que ha traído de los collados eternos esta imagen maravillosa, y por esto es que sin pérdida de tiempo se han apresurado á venir á contemplar de cerca su incomparable hermosura, y á presentarle sus corazones llenos de tanto amor, que cada uno de sus latidos es como una nota armoniosa de ese himno suavísimo de bendiciones y alabanzas que entre el humo del incienso elevan ante su trono.

Ni debemos maravillarnos por esto. El culto que tributamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, en su magnificencia incomparable brota de las profundidades más íntimas de nuestra alma, y no es posible oponerse á sus altas expansiones sin destruir las leyes que rigen el orden moral. En efecto, la humanidad, siguiendo el impulso de esas leyes, ha aprobado en todos los pueblos de la tierra, como legítimo, el culto doméstico con que un hijo agradecido, un esposo inconsolable, una madre desolada conservan como un sagrado recuerdo, hasta los más viles objetos que sirvieron al uso de esas prendas queridas que la muerte vino á arrebatarnos de sus ojos; ha aprobado también el culto civil con que los pueblos agradecidos levantan monumentos, consagran inscripciones, erigen estatuas á sus sábios, á sus filósofos, á sus eminentes hombres públicos que consagraron sus vidas al bienestar y á la salud de la República, á sus esforzados guerreros que derramaron su sangre por defender de invasores enemigos las fronteras de su Patria; ha aprobado también el culto artístico que hace á ilustres viajeros atravesar largas distancias y adquirir á subidos precios los mármoles que tocaron los dedos inspirados de los artistas de la antigua Grecia; ha sancionado igualmente el culto científico, que en las Universidades, en los Institutos, en los Colegios, coloca en sus museos como en un lugar sagrado las más raras notabilidades de los tres reinos de la naturaleza y conserva con profundo respeto los manuscritos de los grandes hombres en que aparecen caracteres formados con su propio puño. Y sólo tratándose del culto religioso, especialmente del que tributamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, quieren los reformadores que tengan excepción esas leyes? ¿Cujus est imago hæc? ¿De quién es esta imagen? podríamos preguntarles con Nuestro Divino Maestro.

Y abriendo el libro de los Evangelios, que según los protestantes es el gran libro de las creencias humanas, tendrían que res,